CARA DE LUNA

Jack London



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

John Claverhouse era un hombre de cara de luna. Ya conoce el tipo, pómulos muy separados, barbilla y frente que se confunden con las mejillas para formar el círculo completo, y la nariz, ancha y regordeta, equidistante de la circunferencia, achatada en el centro mismo del rostro, como una bola de pasta en el cielo raso. Tal vez por eso lo odiaba, pues en verdad se había convertido en una ofensa para mis ojos, y creía que su presencia en la tierra era una molestia. Quizá mi madre tuvo supersticiones acerca de la luna, y miró por sobre el hombro equivocado en el momento que no correspondía.

Sea como fuere, odiaba a John Claverhouse. No porque me hubiese hecho lo que la sociedad consideraría una trastada. Lejos de eso. El mal tenía características más profundas, más sutiles, tan esquivas, tan intangibles, que desafiaban un análisis claro y definido, expresado en palabras. Todos experimentamos esas cosas en algún período de nuestra vida. Vemos por primera vez a cierto individuo, uno con cuya existencia no soñábamos en el instante anterior; y sin embargo, en el momento de conocerlo decimos "No me gusta ese hombre". ¿Por qué no nos gusta? Ah, no sabemos por qué. Experimentamos desagrado por él, eso. Y así ocurría con John Claverhouse.

¿Qué derecho tenía semejante hombre a ser feliz? Y sin embargo era un optimista. Siempre estaba alborozado y riente. ¡Todas las cosas le salían siempre bien, maldito sea! ¡Ah! ¡Cómo me dolía en el alma que fuese tan dichoso! Otros hombres podían reír, y no me importaba. Yo mismo solía reír, antes de conocer a John Claverhouse.

¡Pero la risa de él! Me irritaba, me enloquecía, como ninguna otra cosa bajo el sol podía irritarme o enloquecerme. Me perseguía, me aferraba y no me soltaba. Era una risa enorme, gargantuesca. Despierto o dormido, me acompañaba siempre, chirriaba y raspaba las cuerdas de mi corazón, como una gigantesca escofina. Al romper el día llegaba aullando a través de los campos, y arruinaba mis agradables ensoñaciones matinales. Bajo el ardiente resplandor del mediodía, cuando las cosas verdes se dejaban caer .y los pájaros se retiraban a las profundidades del bosque, y toda la naturaleza dormitaba, su gran "¡ Ja, ja!" y "¡Jo, jo!" se elevaban al cielo y desafiaban al sol. Y en la negra medianoche, desde la solitaria encrucijada por la cual se dirigía del pueblo a su casa, llegaban sus apestosos cacareos, para despertarme de mi sueño y hacer que me retorciera y me clavara las uñas en las palmas de las manos.

Por la noche salía con sigilo y le soltaba el ganado en los campos, y por la mañana escuchaba el relincho de su risa cuando volvía a reunirlo.

-No es nada -decía-. Los pobres animales estúpidos no tienen la culpa de haber ido a buscar pastos más tiernos.

Tenía un perro llamado Marte, un animal grande, espléndido, en parte galgo y en parte sabueso, y se parecía a ambos. Marte constituía un gran deleite para él, y siempre andaban juntos. Pero yo me tomé mi tiempo, y un día en que se presentó la oportunidad atraje al animal y lo agasajé con estricnina y un biftec. Ello no produjo impresión alguna sobre John Claverhouse. Su risa fue tan frecuente y cordial como siempre, y su cara tan parecida a la luna llena como siempre lo había sido.

Entonces prendí fuego a sus hacinas y su granero. Pero a la mañana siguiente, domingo, partió, dichoso y alegre.

-¿Adónde vas? -le pregunté cuando pasaba por la encrucijada.

-Truchas -respondió, el rostro le resplandeció como una luna llena-. Las truchas me vuelven loco.

¿Existió alguna vez un hombre tan imposible? Toda la cosecha se le había quemado en las hacinas y el granero. Yo sabía que no la tenía asegurada. Y sin embargo, frente al hambre y al invierno riguroso, salía, jubiloso, en busca de una comida de truchas, de veras, ¡porque "lo volvían loco"! Si la tristeza se hubiera posado, por ligeramente que fuese, sobre su frente, o si su semblante bovino se hubiese puesto largo y serio, y menos semejante a la

luna, estoy seguro de que lo habría perdonado por existir. Pero no, la desdicha sólo conseguía alegrarlo más.

Lo insulté. Me miró con lenta y sonriente sorpresa.

-¿Yo pelear contigo? ¿Por qué? -preguntó. Y luego rió-. ¡Eres tan gracioso! ¡Jo, jo! ¡Me matarás! ¡Je, je, je! ¡Oh! ¡Jo, jo, jo!

¿Qué se podía hacer? Resultaba insoportable. Por la sangre de Judas, cómo lo odiaba. Y además, ese apellido... ¡Claverhouse! ¡Qué apellido! ¿No era absurdo? ¡Claverhouse! Dios bendito, ¿por qué Claverhouse? Me hacía esa pregunta una y otra vez. No me habría importado Smith, o Brown, o Jones. . . ¡pero Claverhouse! Dígame usted mismo. Repítaselo: Claverhouse. Escuche el ridículo sonido que tiene: ¡Claverhouse! ¿Puede vivir un hombre con semejante apellido? Se lo pregunto. "No", me dice. Y "no" dije yo.

Pero recordé su hipoteca. Con las cosechas y el granero destruidos, sabía que no podría levantarla. De manera que hice que un prestamista astuto, silencioso, avaro, se hiciera traspasar la hipoteca. Yo no me presenté, pero por medio de ese agente impuse la ejecución, y a John Claverhouse se le concedieron pocos días (no más, créame, que los que permite la ley) para sacar del lugar sus bienes y pertenencias. Luego me acerqué a ver cómo lo tomaba, pues había vivido allí más de veinte años. Pero me recibió con los ojos como platillos, chisporroteantes, y la luz ardió y se le difundió por la cara, hasta que la convirtió en una luna nueva.

-¡Ja, ja, ja! -rió-. ¡El mocoso más gracioso del mundo, ese hijito mío! ¿Alguna vez oíste algo igual? Déjame que te cuente. Se encontraba sentado, jugando, a la orilla del río, cuando un terrón grande se hundió y lo salpicó. "¡Oh papá!, exclamó, un charco grande voló hacia arriba y me mojó."

Se interrumpió y esperó a que me uniese a su infernal alborozo.

-No veo nada de gracioso -repliqué con sequedad, y sé que la expresión se me agrió.

Me contempló con asombro, y luego brotó la maldita luz, resplandeciente, difundiéndose, como la describí, hasta que la cara le brilló, suave y tibia como una luna de estío, y después la risa...

-¡Ja, ja! ¡Qué gracioso! No lo ves, ¿eh? ¡Je, je! ¡Jo, jo, jo! ¡No lo ves! Pero mira. Conoces un charco...

Pero me volví y lo dejé. Era lo último. Ya no lo soportaba. ¡La cosa debía terminar allí mismo, pensé, maldito sea! Y mientras cruzaba la colina oí su monstruosa risa que repercutía contra el cielo.

Ahora bien, me jacto de hacer las cosas con limpieza, y cuando decidí matar a John Claverhouse tenía pensado hacerlo de tal modo, que al mirar hacia atrás no tuviese motivos para avergonzarme. Odio las chapucerías, y odio la brutalidad. Para mí hay algo de repugnante en el simple hecho de golpear a un hombre con el puño desnudo... ¡Ajj! ¡Es enfermizo! Por lo tanto, matar de un tiro, apuñalar o aporrear a John Claverhouse (¡ah, ese apellido!) no me atraía. Y no sólo me veía impulsado a hacerlo con limpieza y en forma artística, sino, además, de tal manera, que ni la más leve sospecha pudiera dirigirse contra mí.

Para tal fin empeñé mi intelecto, y al cabo de una semana de profunda incubación, empollé el plan. Después puse manos a la obra. Compré una perra de aguas, de cinco meses, y dediqué toda mi atención a su adiestramiento. Si alguien me hubiese espiado, habría advertido que dicho adiestramiento consistía en una sola cosa: cobrar la caza. Enseñé a la perra, a la cual bauticé Belona, a traer palos que lanzaba al agua, y no sólo a traerlos, sino a hacerlo en seguida, sin morderlos o juguetear con ellos. El caso es que no debía detenerse para nada, sino entregar el palo a toda prisa. Me dediqué a salir corriendo y dejar que me persiguiera, con el palo en la boca, hasta que me alcanzaba. Era un animal inteligente, y entró en el juego con tanta avidez, que pronto me sentí satisfecho.

Después de eso, en la primera oportunidad casual, le presenté Belona a John Claverhouse. Sabía lo que hacía, pues tenía conocimiento de una de sus pequeñas debilidades, y de un pecadito personal del cual era regular e inveteradamente culpable.

-No -dijo cuando le dejé el extremo de la cuerda en la mano-, no lo dices en serio. -Y abrió la boca de par en par y sonrió con su condenada cara de luna.

-Yo... digamos que pensé que no me apreciabas -explicó-. ¿No fue gracioso que cometiera ese error? -Y de sólo pensarlo, la risa lo hizo agarrarse de los costados.- ¿Cómo se llama? -consiguió preguntar, entre paroxismos.

-Belona -respondí.

-¡Je, je! -rió-. ¡Qué nombre tan gracioso!

Apreté los dientes, porque su risa me sacaba de mis casillas, y dije por entre ellos:

-Era la esposa de Marte, ¿sabes?

Entonces la luz de la luna llena empezó a inundarle el rostro, hasta que estalló

-Ese era mi otro perro. Bueno, supongo que ahora es viuda. ¡Oh! ¡Jo, jo! ¡Eh! ¡Je, je! ¡Jo! -aulló detrás de mí, y yo me volví y huí a toda velocidad, hacia el otro lado de la loma.

Pasó la semana, y el sábado por la noche le dije:

-El lunes te vas, ¿no?

Asintió y sonrió.

-Entonces no tendrás otra oportunidad de almorzar con esas truchas que tanto te enloquecen. Pero él no advirtió la sonrisa irónica.

-Oh, no sé -respondió, ahogando una risita-. Mañana iré a intentarlo.

De tal manera la seguridad fue doblemente segura, y regresé a mi casa abrumado por la satisfacción.

A la mañana siguiente, temprano, lo vi salir con una red y una mochila, y Belona trotaba detrás de él. Sabía hacia dónde se dirigía, y tomé el atajo de un pastizal trasero y trepé por entre las malezas, hasta la cima de la montaña. Me mantuve con cuidado fuera de la vista y seguí la cresta durante unos tres kilómetros, hasta un anfiteatro -natural de las colinas, donde un riachuelo brotaba de una garganta y se detenía para respirar en un amplio y plácido estanque rodeado de rocas. ¡Ese era el lugar! Me senté en la cumbre de la montaña, donde podía ver todo lo que ocurría, y encendí la pipa.

Antes que pasaran muchos minutos, John Claverhouse llegó arrastrando los pies por el lecho del arroyo. Belona caminaba detrás de él, y los dos se mostraban muy animados; los ladridos breves y secos del animal se mezclaban con las notas más profundas, de pecho, de él. Al llegar al estanque, dejó caer la red y la mochila, y extrajo del bolsillo de la cadera lo que parecía una vela gruesa y larga. Pero yo sabía que era un cartucho "gigante", pues tal era su método de pescar truchas. Las dinamitaba. Colocaba la mecha envolviendo el "gigante" en un trozo de algodón. Luego encendía la mecha y lanzaba el explosivo al estanque.

Como un relámpago, Belona se metió en el agua tras él. Habría podido gritar de alegría. Claverhouse le vociferó órdenes, pero en vano. Le arrojó terrones y piedras, pero la perra siguió nadando hasta que tuvo el cartucho "gigante" en la boca, y entonces giró y se dirigió hacia la playa. Como yo lo había previsto y planeado, tocó la orilla y lo persiguió. ¡Oh, le digo que fue grande! Como dije, el estanque se encontraba en una especie de anfiteatro. Arriba y abajo, se podía cruzar la corriente por los estriberones. Y dando vueltas y vueltas, de un lado a otro, y cruzando por las piedras, corrieron Claverhouse y Belona. Nunca habría creído que un hombre tan desgarbado pudiese correr a tanta velocidad. Pero corría, y Belona tras él, y ganaba terreno. Y entonces, en el preciso momento en que lo alcanzaba, él a toda carrera y ella saltando, con el hocico pegado a la rodilla del otro, hubo un súbito relámpago, un estallido de humo, una tremenda detonación, y donde un instante antes se hallaban hombre y perra, sólo pudo verse un gran hoyo en el suelo.

"Muerte por accidente, mientras se dedicaba a la pesca ilegal." Tal fue el veredicto del jurado del juez de instrucción, y por eso me enorgullezco de la forma artística y limpia en que terminé con John Claverhouse. No hubo chapucerías, ni brutalidad, ni nada de que avergonzarse en toda la transacción, como estoy seguro en que usted coincidirá. Su risa infernal ya no resuena entre las colinas, y su gorda cara de luna ya no se eleva para mortificarme. Mis días ahora son pacíficos, y tranquilo mi sueño nocturno.